

Discalculia

Dyscalculia

Kevin Eduardo Erives Chaparro

Universidad Autónoma de Chihuahua, México

Lic. en Historia

7° Semestre

erives67@gmail.com

Un día, no recuerdo cuándo exactamente, ni siquiera me acuerdo de qué año, desperté y salí a la calle. Noté que había un sinnúmero de naves que corrían por ríos de asfalto y viajaban a velocidades casi instantáneas. También vislumbré una infinidad de almas, tan solo viviendo sus vidas, preocupándose de sus propios y mundanos problemas, tan ignorantes como yo, pero ¡cuánto más dichosos! Pues sus preocupaciones eran terrenales, cuando las mías trascendían al tiempo y al espacio. Mis dudas e incertidumbres eran más ancestrales e ignotas que el universo mismo y todo lo que en él existe... ¡No! No sólo de este, sino de todos los que hay, de todos los que habrán, ¡Y de los que no existen también! No, en efecto, yo no podía ser como esa gente dichosa, como esas bestias inteligentemente ignorantes.

Desde el preciso momento, en que abrí mis maldecidos ojos, ¡No!, desde incluso antes, en mi mismo sueño, en esa incoherente y díscola dimensión (mejor dicho, conjunto de dimensiones) en que vemos con los ojos cerrados, y experimentamos un mundo más real que el nuestro hasta que despertamos. Debió haber sido en esa confusión de un sueño febril, en que los dioses me habían fustigado con aquel inclemente látigo, haciéndome consciente de la enigmática existencia de los números, de la fragilidad de la realidad, y del reinado de la nada. Se rieron de mí mientras me preguntaban:

—*¿Cómo es que sabes qué es un uno y qué es un dos?*

Me encontraba encerrado en una celda invisible, no podía ver las paredes, no podía sentirlas. Sin embargo, sabía que estaban ahí, aunque no podía atravesarlas. Sólo escuchaba una voz en el interior de mi cabeza que repetía la misma pregunta.

—*¿Cuánto es uno más uno? ¿Cuántos son dos más dos?*



—¡Uno y uno son dos y dos más dos son cuatro!— respondí yo, sintiendo un sudor frío recorrer mi cuerpo, especialmente mi frente, mientras una corriente de un viento helado y eléctrico me recorría la espalda. Me estresaba, pues yo no me explicaba por qué los dioses, omnipotentes y omniscientes como eran me hacían una pregunta que hasta entonces yo había considerado tan obvia y axiomática.

—¿Cómo lo sabes?

No respondí.

—¿Qué es un dos y qué es un cuatro, Iván?, ¿Qué es un algo y qué es la nada?

—¡Son números!— era tan obvio que estaba seguro de que esa no era la respuesta que esperaban —y es cuando hay... y cuando no hay... — balbuceaba mientras palidecía.

—¿Qué son los números?, ¿Qué son las cosas?

—Canti... cantidades, y... lo que... lo que existe... — atiné a responder, titubeante.

—¿Qué es una cantidad?

—Es cuando... es cuando...— no sabía qué más decir, parecía una pregunta ridículamente sencilla, entonces, ¿por qué no podía responderla? —cuando tienes varias cosas, y las cuentas, porque son parecidas, y...

—No hay dos cosas iguales, Iván, nada es igual, todo es diferente, todo es uno mismo, ¿Dónde termina una cosa y empieza otra?, ¿Dónde están los números? Ustedes los mortales siempre están tan seguros de sus matemáticas, de sus números y de su razón, hasta el mismo nombre matemáticas aduce a una arrogancia inmerecida, “conocimiento”— los dioses se rieron —Ustedes jamás sabrán lo que es el conocimiento, solo los dioses podemos crear lo que ustedes piensan “conocer,” porque nosotros manipulamos a nuestro antojo lo que ustedes llaman verdad y realidad. Verás, Iván, nosotros nunca creamos los números, y si quisiéramos, podríamos destruir todo lo que ustedes saben de estos, podríamos crear un número entre el cuatro y el cinco, y que dos más dos sumen cuatro o cinco, quizá tres, si fuera lo que nos placiese... ¡Oh! ¡Pero ustedes están tan seguros de sus verdades absolutas! ¡Dos más dos son siempre cuatro! ¿no es así? Dime



entonces, Iván, si estás tan seguro de que hay verdades objetivas, de que los números no mienten, dínos entonces cuántos de nosotros hay aquí.

—Cuatro.— estaba seguro de ver cuatro, pero los dioses comenzaron a girar describiendo un círculo, danzaban de una forma psicótica y enloquecedora, pues había uno de ellos por cada punto de la circunferencia, es decir, una cantidad infinita de dioses por lo que era imposible contarlos.

Conforme fueron ralentizándose se iban difuminando sus contornos, como uniéndose con el universo, resultaba imposible contarlos, el estómago lo tenía hecho girones y el corazón me palpitaba en la cabeza, pues me mareaba tratar de seguirlos. De pronto recuperaban sus formas originales, pero empezaban a reaparecer. Lo extraño era que no es como si los viese en un lugar en un momento y luego se desvaneciesen de la faz de la tierra (¿faz de la tierra? ¿acaso la tierra tiene rostro?) sino que era como si nunca hubiesen estado ahí, no podía recordar ya con certeza haber visto cuatro originalmente. Al final conté cinco, pero no lo dije, no podía aceptarlo.

—*¿Cuántos somos, Iván? ¿Cuántos ves?*

—Cua... — de pronto eran tres.

—*No puedes ver los números, Iván, los números siempre han estado en tu mente, lo que tú crees que es un cuatro, puede ser lo mismo que un cinco o un tres, sabemos que lo has visto ya, nosotros podemos ser lo que queramos ser, los números no existen por sí mismos.*

—Pero entonces simplemente aparecen y desaparecen, mas las cantidades permanecen inmutables— sentía que estaba a punto de vomitar, sabía que más que tratar de convencerlos a ellos buscaba creerme mis propias palabras.

—*Las cantidades existen en tu mente, Iván, y nosotros controlamos tu mente, hasta ahora has vivido pasiblemente sin estar consciente de esto, pero hemos decidido que tú debes conocer la “verdad”.*

—¡Pero eso no puede ser! Si yo hago esto— levanto dos dedos de una mano y dos de la otra. —Todo mundo verá que tengo levantados cuatro dedos, dos de mi mano izquierda y dos de mi mano derecha, dos y dos son siempre cuatro, ¡basta con contar!



—¿Cuáles demás personas?

Languidecí al darme cuenta de que no existía nadie más que yo, creía recordar que en otro universo habían existido más personas como yo, pero no podía estar seguro

—¿Y cómo sabes que cuentas de forma correcta? ¿Cómo sabes que no te equivocas? Solo los dioses somos perfectos, Iván, nosotros podemos destruir y reconstruir, para destruir de nuevo sus concepciones de la realidad y del tiempo. Llevamos hablando aquí por una eternidad, y sin embargo, tú te has acostado a dormir hace tan solo seis horas.

Entonces desperté del lúgubre sueño, si me hubiesen preguntado cuántos dioses había visto, no habría sabido responder, de hecho, se me revolvía más el estómago entre más lo pensaba y me dolía más la cabeza, sino tras haber cruzado tan abruptamente la frontera infinitamente delgada entre el sueño y la vigilia era imposible recordar con cuántos dioses había hablado. Estaba completamente cubierto de un sudor helado, y me encontraba jadeando asmáticamente.

Ese sueño no había sido sino una maldición perniciosa cernida sobre mí, a partir de ese momento estaría condenado a contarlo todo. ¡Lo sabía! ¡Dos más dos no habían sumado cuatro en esta ocasión! Había visto que era posible, que no era una verdad absoluta, al menos por un lado, por otro sabía que era una locura, entre mi parte cuerda y mi parte irracional, se había formado una suerte de síntesis, una claridad oscura y sibilina, no tenía idea de qué eran los números, esos elementos que hasta entonces me habían parecido lo más objetivo que pudiese existir en el cosmos, ahora me parecían indefinibles.

Desde entonces comenzó mi enfermedad, mejor dicho, inició a agravarse. Ahora me veía forzado a contarlo todo, especialmente mis dedos, asegurándome de que no desapareciese alguno espontáneamente, pues consideraba que en cualquier momento los dioses podrían hacer que alguno de ellos se desvaneciese sin yo ser capaz de recordar si habían existido en primer lugar o no. ¿Cómo podía decir que realmente habían estado ahí?

Lo más aterrador no era el sueño en sí, ni la fantasmagórica voz de los dioses que resonaba aún en el interior de mi cráneo, sino que estos habían sembrado en mí una duda que no podía resolver, ¿qué era un uno, un dos, un tres, un cuatro, un cinco, un seis...? ¡Podía continuar así hasta el infinito! Se me heló la sangre una vez más, al sentir un impulso incontenible por seguir contando, pero eso me tomaría toda la vida, ¡Y ni aún así podría



terminar! El infinito me parecía tan extraño, pero peor era aún saber que con sólo los números, que son infinitos, en muchos sentidos, elementos que ni existen ni podemos definir.

Ya nada tenía sentido para mí, no podía más que desconfiar de cualquier pensamiento, de cualquier idea, pues las ideas no se suelen manifestar físicamente por sí mismas, de otra manera, ¿cómo es que recordamos? La historia la conocemos porque dejamos registros, estoy convencido de que dejar una manifestación de nuestra existencia es el motor de la humanidad, pero los sueños no dejan marcas, no dejan huellas tangibles, no hay papeles – a menos que se registren – no hay forma de comprobar que de hecho hayan ocurrido, seguramente por eso son tan difíciles de recordar... Pero una sensación permanecía, cada segundo que pasaba recordaba un poco menos lo que había ocurrido en ese universo tan incomprensible como ineludible, pero ese sentimiento, esa certeza de que todo era incierto no se alejaba de mí, me perseguía como una sombra persigue a todo objeto a contraluz.

¡Oh, dioses! ¡Maldita soberbia humanidad que todo lo desea saber, todo lo tiene que conocer! Debimos habernos quedado con lo que dijo Sócrates, con el autoconocimiento y la humildad de reconocer que no sabemos nada más, que lo ignoramos todo, esa es la actitud que debía mostrar la humanidad. Pero para mí no había escapatoria, los dioses que se me habían aparecido en mi noche astral eran tan reales como el mundo mismo, como yo mismo. Siempre había estado obsesionado con compartir con los demás lo que he sentido y pensado, pero, ¿cómo podría compartir esto? ¿Quién lo entendería? ¡Me encerrarían en un manicomio para siempre! Me someterían a una terapia de *electroshock*, me practicarían una lobotomía, no volvería jamás a ser el mismo.

—*Ya no eres el mismo.*

De pronto un pensamiento aterrador me hizo tirar de mis cobijas, ¿y si nada de mi persona es real?, ¿qué me proporcionaba la certeza de que los demás no eran producto de mi imaginación, que son más reales que los dioses que me habían visitado la noche anterior? ¿Cómo sabía que no seguía soñando todavía? Nada es real más allá de la atmósfera del cráneo, pero si toda la realidad es una construcción de mi cerebro, ¿significa que mi cerebro es real?

“Esto es pura gimnasia mental,” me dije a mí mismo para tranquilizarme, pero sabía que no había forma de eludir esa sensación sorda de irrealidad que se había acomodado al



interior de mi mente. ¿Qué debía hacer? “Estos pensamientos no son míos,” pensé con preocupación, sentía como si... ¡como si hubiesen hackeado mi mente! Sentía que mi mente estaba tan enferma como una computadora contaminada con un virus informático, algo que alteraba directamente la unidad aritmética lógica del hardware que es mi cerebro. No sabía del todo qué me producía más pánico, la perspectiva de estar loco o... la idea de que verdaderamente tuviera razón, pero... ¿si todo es falso?, ¿qué hace que esto sea verdad? La lógica no tenía cabida aquí.

Se me hacía tarde para ir al trabajo, no tuve más opción que levantarme, pero el cuerpo no me respondía, sentía una fría electricidad que me empujaba contra la cama y me inmovilizaba el cuerpo. Tomé mi celular buscando la forma de pedir ayuda, ¿con quién me comunicaría? No tenía alguien de confianza a quien pudiera pedirle un favor serio, y mucho menos comentarle algo tan... ¿delicado? ¡Descabellado! No podía terminar de imaginarme lo absurdo y estafalario que esto tendría que sonarle a cualquier otra persona. ¿Podía hablar a emergencias? Había una línea de suicidio.

—No puedes ni levantarte, mucho menos suicidarte.

Lo que decían los dioses, es decir, las voces, tenía completo sentido, estaba completamente atascado en la cama, el sudor frío seguía recorriéndome la frente, mi rostro mostraba una horrible mueca. No sabía qué hacer, había entrado en desesperación, decidí llamar, y cuando contestaron de la otra línea, escuché

—911, ¿cuál es su emergencia?— me quedé helado, no pude decir palabra. —911, ¿cuál es su emergencia?— colgué, presa del pánico. Me encontraba más aterrorizado ahora que nunca, pero de no sé dónde, junté las fuerzas necesarias para volver a hacer la llamada, esperando que fuese alguien más quien atendiese el teléfono.

—911, ¿cuál es su emergencia?— esta vez me armaría de valor.

—Ne... nece... perdone, necesito, me quiero... hacer daño— atiné a decir.

—Le comunico ahora mismo a psicología— sonó un timbre.

—Psicología, ¿en qué puedo ayudarle?— me helé de nuevo.

—No me siento bien, tengo mucha... ansiedad...

—¿Qué le pasa?

—¡No lo sé! ¡Simplemente no lo sé!— comencé a sollozar, el sudor frío había pasado de mi frente a mi espalda, y un escalofrío me recorría la columna vertebral.

—Si no me dice qué ocurre, no podré ayudarlo— entonces me di cuenta de que, si no le decía, si no le mentía que deseaba matarme, no me ayudaría.

—Quiero hacerme daño.

—¿Ha intentado lastimarse antes?

—No— respondí lacónicamente.

—Bien, lo comunico con los dioses— acto seguido, colgué.

Ese día no fui al trabajo, ni al siguiente, ni al siguiente, y es así como terminé en el pabellón número cuatro de este terrible hospital.